

Cihuatlán: entre sismos y ciclones

Jaime Olveda
El Colegio de Jalisco

Como muchos centros urbanos fueron fundados por los españoles con cierta premura, no en todos los casos hicieron una buena elección. Además, los asentamientos prehispánicos y las mismas exigencias de la conquista los obligaron a situarse cerca de los ríos, del mar o de los volcanes, por lo que algunos núcleos de población quedaron expuestos más abiertamente a las fuerzas de la naturaleza. En algunos casos, los daños ocasionados por los sismos, los ciclones y el clima fueron tomados en cuenta tanto por las autoridades como por los vecinos para abandonar el sitio donde se asentaron por primera vez, para situar la villa o la ciudad en otro punto que ofreciera menos peligro e inseguridad. En la historia de América Latina se encuentran muchos ejemplos de asentamientos que mudaron de lugar una, dos y hasta tres veces. Guatemala, Guadalajara, Culiacán y Purificación son ejemplos de esa movilidad.

Algunas ciudades o villas, hasta después de haber vivido la amarga experiencia de un desastre natural, fueron trasladadas a otro lugar. Otras, en cambio, a pesar del doloroso saldo que han dejado los fenómenos de la naturaleza, permanecen en el mismo sitio. Buena parte de la historia de estos lugares ha consistido en reconstruir y recuperar lo perdido a causa de los ciclones, los terremotos, las sequías y las heladas.

Como México es un país volcánico, numerosas poblaciones fueron situadas inevitablemente en las proximidades de los volcanes o a lo largo de las fallas que

presenta la tierra, lo que ha significado para sus habitantes vivir en un riesgo constante. Los movimientos telúricos que han devastado a poblaciones enteras, forman una parte importante de la memoria colectiva. Algunos sismos o ciclones, incluso, son utilizados como referentes históricos en las conversaciones cotidianas; por ejemplo, es frecuente que los moradores de las zonas siniestradas hablen de “antes” o “después” del temblor o de la inundación de determinado año.

Hasta hace relativamente poco tiempo, surgió el interés por estudiar los desastres naturales que han afectado al hombre, llámense sequías, heladas, ciclones o temblores. Ello ha permitido conocer esos momentos destructivos y dolorosos, así como las respuestas sociales y la vulnerabilidad que el ser humano ha tenido a través del tiempo.¹ Quienes ya han incursionado por estos temas, clasifican en dos categorías las amenazas de origen natural: las de impacto súbito, que son aquellas cuyos efectos como la respuesta social son casi inmediatos como, por ejemplo, los temblores, las erupciones volcánicas, las inundaciones, los maremotos, los ciclones, las granizadas y las heladas; y las de impacto lento, cuyos estragos son pausados, como las sequías y las epidemias.²

Uno de los tantos pueblos de México cuya historia ha estado marcada por los eventos de impacto súbito, esto es, por los sismos y los ciclones, es Cihuatlán. El primer terremoto registrado durante el periodo colonial es el que tuvo lugar el 27 de mayo de 1563. Se trata de un fuerte sacudimiento del que ignoramos su intensidad, pero que dejó una secuela de destrucción y muerte. Los estragos que ocasionó fueron muy graves porque el área de Cihuatlán-La Navidad estaba poblada desde fines de 1557 a raíz de la instalación de un astillero en este puerto, en donde se fabricaron las embarcaciones que condujeron a Miguel López de Legaspi y a Andrés Urdaneta a las islas Filipinas.³

Este temblor echó abajo la casa real en donde estaban almacenadas las municiones y los abastecimientos, así como la mayoría de las viviendas de los trabajadores.

1. Puede verse al respecto, Virginia García Acosta (coord.), *Historia y desastres en América Latina*. México: La Red-CIESAS, 1996, t. I.

2. *Ibid.*, p. 29.

3. Jaime Olveda, “El puerto de La Navidad. Perlas, comercio y filipinos”, Jaime Olveda, *III Coloquio La Cuenca hispana del Pacífico. Pasado y futuro*. Guadalajara: Sociedad de Geografía y Estadística del Estado de Jalisco, 1995, p. 65.

Algunas fuentes mencionan que fueron muchos los que murieron, pero sin precisar cuántos. Seguramente el número fue muy elevado y los daños muy severos porque el virrey dispuso que de Colima, Tuxpan y de los pueblos de Avalos se enviaran 150 indios para ayudar en la reconstrucción.⁴

Aunque no fue determinante, el temblor de 1563 influyó para que después de este año en La Navidad ya no hubiera mucho interés en fomentar el asentamiento humano y en vincular el puerto con las poblaciones del interior, de tal suerte que Cihuatlán, a pesar de estar muy cerca, no tuvo la posibilidad de aprovechar este atracadero para comunicarse con otras regiones.

En 1567 hubo otro sismo de gran intensidad que volvió a destruir las poblaciones costeras y algunas del interior, como Ameca, por ejemplo.⁵ A partir de estos dos movimientos telúricos podemos apreciar la gran vulnerabilidad de los habitantes, debido a la pobreza, al aislamiento en el que vivían y a la construcción provisional de la mayoría de las casas.

Las fuentes documentales correspondientes a la época colonial sólo registran los sismos que destruyeron poblaciones enteras, las heladas o las sequías que provocaron hambrunas y muerte, pero dejan de lado a los ciclones que también dejaron una impronta de destrucción. El litoral del Océano Pacífico ha sido escenario de muchos de ellos. Año con año los habitantes que viven en esta zona esperan con cierto temor los meses de julio, agosto, septiembre y octubre, tiempo en el que tienen lugar. Al aislamiento en el que permanecieron las villas costeras durante poco más de cuatrocientos años con respecto a los centros urbanos del interior -recuérdese que hasta hace apenas 50 años que se construyó una carretera asfaltada de Guadalajara a Barra de Navidad- se debe que no se hayan podido consignar todos los ciclones que azotaron a la región.

Del primer ciclón que se tiene memoria es el del 5 de septiembre de 1530, el cual destruyó al ejército de Nuño de Guzmán cuando se dirigía a Culiacán. Este huracán, que sorprendió a Nuño a la altura de Azatlán,

4. Luis Muro. "La expedición Legazpi-Urdaneta a las Filipinas. Organización, 1557-1564". Bernardo García Martínez et al. (eds.). *Historia y sociedad en el mundo de habla española*. México: El Colegio de México. 1970, pp. 166-167.

5. René Acuña. *Relaciones geográficas del siglo XVI*. Nueva Galicia. México: UNAM, 1988, pp. 44-45.

en el actual Nayarit, privó de la vida a más de siete mil indios aliados que acompañaban al conquistador. El agua acumulada en esta parte de la planicie que se extiende hasta Culiacán, alcanzó la copa de los árboles. Al cabo de unos días, cuando bajó el nivel, el área quedó cubierta de cadáveres, animales muertos, peces y ramas de árboles que arrastraron los ríos. Quienes no murieron ahogados, perecieron a causa de la epidemia que se desató cuando todo entró en estado de descomposición. En realidad, desde que Nuño ingresó a la costa, su enemigo principal no fueron los indios, sino las fuerzas de la naturaleza y los factores geográficos como el clima extremo, la flora y la fauna.

Otro ciclón devastador fue el que se desató en septiembre de 1623, el cual destruyó las palmeras, las plantaciones de cacao y otros árboles frutales, así como la mayoría de las viviendas.⁶ En algunas fuentes que refieren el viaje de retorno de la Nao de China o los ataques de los piratas a las poblaciones costeras del Pacífico, encontramos algunas referencias sobre los ciclones y los estragos que provocaron, pero sin entrar en mayor detalle.⁷ Lo mismo podría decirse de los que corresponden al siglo XIX. Uno de los pocos huracanes registrados que azotaron en la franja litoral del Pacífico fue el del 18 de septiembre de 1856, el cual obligó a los habitantes de Cihuatlán a mudarse al lugar donde hoy se encuentra asentada la población.⁸

Entre los sismos de gran intensidad que afectaron esta parte de la costa en los siglos XIX y la primera mitad del XX, figuran los del 25 de marzo de 1806 (7.5), 31 de mayo de 1818 (7.7), 17 de julio de 1869,⁹ 11 de febrero de 1875 (7.5), 9 de marzo de 1879 (7.4), 20 de enero de 1900 (7.9), 16 de mayo de 1900 (7.4), 7 de junio de 1911 (7.7), 3 de junio de 1932 (8.2) y 18 de junio de 1932 (7.8).¹⁰ De ellos, el más devastador fue el del viernes 3 de junio de 1932, el cual se inició a las 4:30 de la tarde y tuvo una duración de tres a cinco minutos. Los municipios más dañados fueron Sayula, Autlán, Cihuatlán y Mascota. En Autlán se reportaron cinco muertos y 70 heridos, la destrucción casi total del portal Morelos y el

6. Luis Pérez Verdía. *Historia particular del estado de Jalisco*. Guadalajara: Tip. de Escuela de Artes y Oficios, 1910, t. I, p. 279.

7. *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativo y ejecutivo del estado de Jalisco*. Guadalajara: Tip. del gobierno a cargo de J. Guadalupe Montenegro (hijo), 1884, t. XIV, pp. 139-140.

8. Según don Ventura Rodríguez, antes de esta inundación Cihuatlán estaba asentado "en el área donde se inicia el puente que divide el estado de Jalisco con Colima". Relato enviado al concurso "Abuelo cuéntame un siglo", convocado por SEDESOL en 1999.

9. *El País*. Periódico oficial del gobierno de Jalisco. Guadalajara, 20 de julio de 1869. Los números entre paréntesis indican la intensidad en grados Richter.

10. *Siglo 21*. Guadalajara, 10 de octubre de 1995.

agrietamiento del templo de La Purísima. En Mascota se derrumbaron 200 casas y en El Potrerillo se abrieron enormes grietas. En Cihuatlán hubo muchos heridos y casas destruidas; además, la presidencia municipal y la Escuela de Niñas fueron cerradas por las cuarteaduras que sufrieron ambos edificios. En donde hubo mayor número de muertos fue en Chamela, porque a raíz del terremoto las aguas del mar inundaron sorpresivamente la población.¹¹

A partir del 3 de junio tuvo lugar una serie de sismos que terminó con uno muy fuerte el día 18. Las desgracias que desencadenaron estos temblores movilizaron a los gobiernos federal y estatal, al ejército y a las instituciones privadas. El gobernador de Jalisco, Sebastián Allende, además de visitar la zona dañada, promovió la ayuda y recomendó a los presidentes municipales crear Juntas de Auxilio para socorrer a los damnificados.¹² En la capital del estado se integró el Comité Central de Auxilios Pro-Damnificados, presidido por Jesús González Gallo,¹³ y la Cámara de Comercio hizo acopio de alimentos y de otros recursos.¹⁴

A las tragedias que generaron los sismos ocurridos entre el 3 y el 18 de junio, se sumaron las que dejó un ciclón que azotó en el área de Manzanillo y la costa sur de Jalisco entre el 9 y el 10 de junio. A raíz de estos dos fenómenos la zona de Colima a Cihuatlán quedó sin alimentos y sus habitantes sumergidos en la desesperación. En Colima, incluso, el gobierno dispuso el cierre de los templos por las cuarteaduras que sufrieron, y prohibió cualquier manifestación religiosa en las calles.¹⁵

Todo parece indicar que fue a partir de este siniestro cuando empezó a darse una respuesta social más amplia por parte del gobierno estatal y de la sociedad civil, al proporcionar una mejor ayuda a los damnificados. Y es que para entonces ya existían mecanismos de comunicación que permitían reportar los daños ocasionados por las fuerzas de la naturaleza, y los medios para enviar alimentos, medicinas, ropa y otros auxilios.

Años más tarde, el 5 de septiembre de 1944, cayó sobre Cihuatlán un huracán que no ha podido borrarse

11. *El Informador*. Guadalajara. 5-9 de junio de 1932.

12. *Ibid.*, 6 de junio de 1932.

13. *Ibid.*, 10 de junio de 1932.

14. *Ibid.*, 12 de junio de 1932.

15. *Ibid.*, 10 de junio de 1932.

16. Relato de Ventura Rodríguez.

17. "Las tragedias de la tierra. La tremenda hecatombe en Manzanillo y Cihuatlán", *Gaceta de Guadalajara*, Guadalajara, núm. 232, 1 de diciembre de 1959.

18. *El Occidental*, Guadalajara, 28 de octubre de 1959.

del recuerdo de muchos testigos. En esa ocasión, el extenso valle que se prolonga hasta el mar, se convirtió en "un inmenso lago de aguas turbulentas que arrastraba árboles, casas, animales y sementeras".¹⁶ Otro ciclón que quedó grabado en la memoria de los habitantes de Colima y Cihuatlán fue el que tuvo lugar la noche del martes 27 de octubre de 1959, el cual recorrió las costas de Michoacán, Colima y Jalisco "a semejanza de los grandes tifones del mar de la China".¹⁷ Aunque tuvo una duración de nueve horas, de las diez de la noche a las siete de la mañana del día siguiente, su fuerza fue tal, que ocasionó daños a la agricultura valuados en 500 millones de pesos.¹⁸

Este meteoro segó la vida de más de 1 500 personas que vivían entre Manzanillo y Cihuatlán. En este puerto y en la bahía de Barra de Navidad-Melaque, las olas alcanzaron una altura impresionante; el viento sopló con tanta fuerza que arrasó con las casas, los árboles y hasta con los cimientos de algunas construcciones. "El bramido del ciclón lo dominaba todo", refirió uno de los testigos. Entre las desgracias que causaron mayor impacto sobresale la del autobús repleto de pasajeros que hacía el servicio entre Manzanillo y Minatitlán, el cual quedó sepultado con piedras y lodo cuando se desgajó uno de los cerros, y la destrucción de dos barcos grandes, "El Corrigan" y el "Santo Tomás", que estaban anclados en el puerto colimense.

La carretera de Manzanillo a Cihuatlán se destruyó en un 90 por ciento. Esta última población quedó devastada, así como las comunidades de Miramar, La Central, El Naranjo, Melaque, Apasulco, El Rebalsito, Barra de Navidad, La Manzanilla, San Patricio, Jaluco, Las Guácimas y La Boca. Lo que más impresionó a los cihuatlenses fue el desbordamiento del río Marabasco, cuyas aguas cubrieron un área de más de un kilómetro. Como la mitad de Cihuatlán se mantuvo inundada por tres días, y muchos niños, ancianos y mujeres quedaron inmovilizados en los lodazales, acudieron al auxilio los habitantes de San Patricio y El Aguacate. No menos dramática fue la experiencia que vivieron los conduc-

tores de una flota de camiones de carga de la Compañía Minera de Autlán, cuando al transportar manganeso a Manzanillo, quedaron atrapados en Cihuatlán. La magnitud de los daños hizo que las labores de rescate fueran intensas y penosas, y que requirieran de la colaboración de mucha gente.¹⁹

Este ciclón, bautizado como “el mensajero de la tragedia y la destrucción”, también castigó severamente a los habitantes de Melaque y San Patricio.²⁰ En estos lugares dañó el 80 por ciento de las casas y echó a tierra el otro 20 por ciento; asimismo, aniquiló 800 hectáreas sembradas de ajonjolí, 600 de maíz, 15 de plátanos, y el 98 por ciento de las palmeras las arrancó de raíz.²¹

Como la zona siniestrada quedó totalmente incomunicada, al día siguiente de la tragedia un avión del Colegio del Aire de Zapopan, piloteado por el coronel Marcos Ramírez, sobrevoló el área de Cihuatlán y dejó caer 25 bultos de alimentos y medicinas. La Cruz Roja fue también de las primeras instituciones en enviar ayuda. Como no se podía llegar al poblado, los miembros de esta corporación transportaron casas de campaña y alimentos hasta Autlán, dejando a Alberto Espinosa, jefe del cuerpo de auxilio, como responsable de llevarlas a Cihuatlán cuando se pudiera.²² Posteriormente, partieron de Guadalajara 25 *trailers* del Ejército Mexicano con ropa y víveres.²³

Al igual que en 1932, la zona afectada fue visitada por el entonces gobernador del estado, Juan Gil Preciado, y su esposa Aída Elizondo, por el comandante de la xv zona militar, el general de división José Pacheco Iturribarria, y por un grupo de alumnos del Colegio del Aire de Zapopan.²⁴ Como el mandatario estatal constató que los daños rebasaban la capacidad de su gobierno, solicitó el auxilio del secretario de Gobernación, Gustavo Díaz Ordaz, y de la Secretaría de Obras Públicas y Recursos Hidráulicos para acelerar la reconstrucción. Esta fue la primera vez que se observó una respuesta social más amplia, porque además de acudir el gobierno estatal en ayuda de las víctimas, participaron algunas instituciones federales.

19. “Las tragedias...”

20. Tenían entonces menos de 500 habitantes cada uno. *El Occidental*. Guadalajara, 28 de octubre de 1959.

21. *Idem*.

22. *Idem*.

23. *Ibid.*, 30 de octubre de 1959.

24. *Idem*.

Los periódicos de Guadalajara del 28, 29 y 30 de octubre de 1959, publicaron numerosas notas que describieron con detalle los estragos ocasionados por el ciclón. Algunos periodistas llamaron "pueblo mártir" a Cihuatlán por el estado lamentable en que quedó a raíz del desbordamiento del río Marabasco, cuyas aguas, al inundar la población, obligaron a sus habitantes a refugiarse en las copas de los árboles y en la parroquia. *El Occidental* informó que en el centro de Cihuatlán, el agua había alcanzado una altura de más de medio metro. Los habitantes de mayor edad de esta población recordaron que desde 1904, no se había presentado un ciclón tan destructivo como el que acababa de pasar.²⁵

El año de 1959 fue uno de los más lluviosos del siglo, tanto, que el nivel del agua en Chapala alcanzó 12 centímetros por arriba de la cota límite.²⁶

Treinta y dos años más tarde, el 9 de octubre de 1995, a las 9:36 a.m., un temblor de 7.5 grados sacudió las costas de Colima y Jalisco. Los municipios más afectados volvieron a ser Manzanillo y Cihuatlán, con un saldo de 12 y 14 muertos, respectivamente.²⁷ Poco más de un minuto de movimiento oscilatorio bastó para que este sismo ocasionara un verdadero desastre: dos grandes hoteles, el Casa Grande en Melaque y el Costa Real en Manzanillo, se derrumbaron; una tercera parte de las casas de Cihuatlán, así como la gasolinera, el templo de la Santa Cruz y los edificios de la presidencia municipal y del Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF), fueron seriamente dañados; el puente de Jaluco se vino abajo, y el templo de San Patricio estuvo a punto de desplomarse.

El terremoto dejó una estela de destrucción en toda la costa. En Tomatlán, por ejemplo, cinco casas se derrumbaron; en Mascota, la torre de la parroquia se desplomó; en Puerto Vallarta, las estructuras de los hoteles Sheraton, Westin Regina, Vidafel, Plaza Iguana, Torre de Oro, Holiday Inn y un edificio de departamentos, sufrieron serias cuarteaduras y una de las torres de la parroquia, símbolo representativo de la ciudad, cayó al suelo.²⁸

25. *Ibid.*, 28 de octubre de 1959.

26. *Ibidem*.

27. *Siglo 21*, Guadalajara, 10 de octubre de 1995.

28. *Idem*.

De los 14 muertos que hubo en el municipio de Cihuatlán, siete eran de la cabecera, tres de Jaluco, uno de Barra de Navidad y tres de Melaque, según el reporte oficial. Además del templo de la Santa Cruz, entre 700 y 800 casas se destruyeron parcial o totalmente.

El sismo movilizó a la Unidad de Protección Civil, cuyos integrantes se dedicaron a las labores de rescate y atención a damnificados. En coordinación con el DIF, instaló albergues en Cihuatlán y en La Huerta. La Secretaría de Defensa Nacional, por su parte, aplicó el plan de emergencia DN-III-E a fin de proporcionar ayuda, consistente en el envío de 300 elementos, entre los que había médicos, ingenieros, enfermeros, intendentes, etcétera.

De los 20 mil damnificados que dejó el terremoto, 1 500 fueron de Cihuatlán,²⁹ y 3 500 del municipio de La Huerta. Entre las comunidades que sufrieron daños de consideración fueron las siguientes: El Rebalsito, Arroyo Seco, Pérula, Chamela, Emiliano Zapata, Francisco Villa y San Mateo. En La Cofradía, Las Pilas y Agua Zarquita, el suministro del líquido vital quedó suspendido "porque los manantiales fueron borrados por el terremoto".³⁰ Mientras que esta parte de la costa del Pacífico era castigada por el sismo, los litorales de Quintana Roo, Yucatán, Campeche, Tabasco y Veracruz eran azotados por el huracán Roxana, el cual alcanzó una velocidad de 120 kilómetros por hora.³¹

Un acontecimiento que llamó mucho la atención fue el que ocurrió en La Manzanilla. Unos cuantos segundos después del temblor, las aguas del mar se retiraron cosa de 600 metros para regresar después conformando una ola gigantesca que inundó todo el caserío. Los habitantes, conocedores del comportamiento del océano, cuando vieron que las aguas se replegaban, abandonaron el pueblo y se refugiaron en un cerro próximo y ahí permanecieron por muchas horas. Se asegura que el agua que inundó a La Manzanilla alcanzó un nivel de 1.75 metros.³² Un pescador del lugar refirió lo sucedido de esta manera: "El mar estaba muy raro, el agua no era la misma y de repente volteamos y vimos que se estaba hun-

29. *Ibid.*, 11 de octubre de 1995.

30. *Ibid.*, 12 de octubre de 1995.

31. *Ibid.*, 11, 12 y 13 de octubre de 1995.

32. *Ibid.*, 11 de octubre de 1995.

33. *Ibid.*, 16 de octubre de 1995.

34. *Ibid.*, 13 de octubre de 1995.

35. *Ibid.*, 12 de octubre de 1995.

36. *Idem*

37. *Ibid.*, 13 de octubre de 1995.

diendo el pueblo. Subimos la tarraya y nos regresamos rápido. La panga entró hasta la plaza, porque hasta allí llegó la primera marejada".³³

Al tercer día del siniestro comenzó la reconstrucción de Cihuatlán, en la que participaron el Ejército Mexicano, 160 policías de Seguridad Pública del Estado y un buen grupo de voluntarios. Para tal efecto se integró un comité presidido por el presidente municipal, Antonio Morán Araiza, quien ejerció un presupuesto de 220 millones de pesos proporcionados por la Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOL).³⁴ Una de las primeras tareas que se emprendieron fue reparar, en forma provisional, más de un kilómetro de carretera a Manzanillo que resultó dañada, restablecer el servicio de energía eléctrica y reanudar el suministro de gasolina.³⁵

En esta ocasión, los damnificados de Colima y Manzanillo, principalmente, criticaron la desorganización que había prevalecido en las tareas de rescate de los sobrevivientes, y el hecho de que el presidente Ernesto Zedillo hubiera decidido viajar a Washington, en lugar de quedarse y supervisar personalmente los daños y la reconstrucción.³⁶

El 12 de octubre, el día de la romería a Zapopan, hubo otro sismo en la costa occidental de 6.1 grados, el cual fue una réplica del anterior. Este terremoto dejó un saldo de cinco heridos en Manzanillo y seis casas derrumbadas en Cihuatlán. La Dirección General de Protección Civil de Jalisco informó que los sismógrafos instalados en varios puntos de este municipio habían registrado de la media noche a las 12 horas de ese día, 160 movimientos telúricos que variaron entre 2.5 y 3.5 grados.³⁷

A su regreso de Estados Unidos y después de haber estado en Manzanillo, el presidente Ernesto Zedillo llegó a Cihuatlán el 14 de octubre acompañado del gobernador de Jalisco. Su estancia en esta población fue demasiado breve. Solamente dedicó 30 minutos para visitar los albergues, para escuchar las irregularidades de las tareas de reconstrucción y para anunciar la inversión de 20 mil millones de pesos en la reparación de las poblaciones afectadas. Según el reporte final, los daños materiales que

provocó el temblor tan sólo en Jalisco fueron: 7 100 viviendas destruidas total o parcialmente, 73 escuelas, 17 iglesias, 89 edificios públicos, 10 hospitales, 31 hoteles, 11 restaurantes y tres establecimientos comerciales,³⁸ lo que alcanzó un costo de 300 millones de pesos, aproximadamente.³⁹ En un estudio realizado por el Colegio de Ingenieros Civiles del Sur de Jalisco se concluyó que el derrumbe o el agrietamiento de las fincas afectadas por el sismo obedecían a que estaban mal construidas. Los especialistas observaron que el 95 por ciento de ellas carecían de dadas o castillos, y que los cimientos no tenían la profundidad adecuada.⁴⁰

Por la gran magnitud de este temblor, las necesidades de los damnificados superaron la capacidad de las autoridades tanto de Jalisco como de Colima. Además de la ayuda proporcionada por los gobiernos estatal y federal, llegaron a la zona siniestrada víveres y otros artículos procedentes de Estados Unidos, España y Alemania.⁴¹

Hasta el terremoto de 1985, que dejó una profunda cicatriz en la memoria de los habitantes de la capital de la República, el gobierno de México no contaba con recursos ni programas permanentes para prevenir los estragos naturales. Antes de ese año tampoco puede hablarse de la existencia de una cultura de los desastres. Afortunadamente, las comunidades que han experimentado en carne propia la furia de la naturaleza disponen cada día de mejores medios de comunicación, lo que ha permitido alertarlas a tiempo del peligro de huracanes y de algunas erupciones volcánicas. Por otro lado, el Fondo Nacional de Desastres Naturales cuenta con recursos que le permiten hacer frente a los fenómenos de la naturaleza, activos que a mediados de 1999 ascendían a 3 600 millones.⁴²

Recientemente, la SEMARNAP informó que en los últimos 20 años México ha perdido, a consecuencia de los desastres naturales, siete mil vidas humanas y daños materiales calculados en 1.5 billones de dólares. Otro dato revelador es el que se refiere al costo anual que tienen estos fenómenos en el mundo: 44 mil millo-

38. *Ibid.*, 15 de octubre de 1995.

39. *Ibid.*, 19 de octubre de 1995.

40. *Ibid.*, 16 de octubre de 1995.

41. *Ibid.*, 14 de octubre de 1995.

42. *Mural*. Guadalajara, 12 de mayo de 1999.

43. *Idem.*

44. *Siglo 21*. Guadalajara, 10 de octubre de 1995.

nes de dólares. También se sabe que en los últimos 30 años, tres millones de personas han perdido la vida a causa de estos eventos de impacto súbito.⁴³

El litoral occidental de México es muy vulnerable porque toda la costa del Pacífico, desde Centroamérica hasta el sur de Norteamérica, se encuentra sobre cuatro placas: la de Cocos, la de Rivera, la de Norteamérica y la del Caribe. Además, nuestro país está incluido en el llamado Círculo de Fuego del Pacífico, o sea, está rodeado por un cinturón de volcanes y de fallas tectónicas. A Jalisco lo cruzan cuatro fallas importantes: la Circumpacífica o de San Andrés, la de Zacamboxo, la de Clarión y la de Cocos.⁴⁴

En general, México es un país de alto riesgo. Buena parte de sus habitantes es afectada por los temblores, los ciclones, las sequías, las heladas y los incendios que se han incrementado en los últimos años. Los efectos destructivos de los fenómenos naturales han sido más impactantes por la proliferación de los asentamientos humanos irregulares en las cuencas de los ríos, en las partes bajas de montañas y barrancas, o en lugares ya dañados por dichos fenómenos.

Por último, debe decirse que del primer temblor que se ha citado -el de 1563- al de 1995, periodo que comprende 432 años, el grado de vulnerabilidad de los habitantes de la costa no ha variado mucho. Los fenómenos de la naturaleza siguen sembrando la muerte y la desolación como en los siglos pasados.